

CONFERENCIA XV

EL ORDEN DE LA JUSTA MEDIDA

1. Puede obrarse de la misma manera, sin hacer lo mismo. La prueba es que hay en la doctrina de los antiguos filósofos paganos pasajes análogos á la del Cristianismo.—Gozóse el siglo XVIII en atacar de esta manera al Cristianismo. Á cierto número de principios cristianos, se oponían sentencias análogas tomadas de escritores paganos, para demostrar así que nada contenía la doctrina de la Iglesia que pudiera revelarnos su origen sobrenatural. No hace mucho que algunos adversarios han renovado esa clase de combate pasado ya de moda. En su ingenuidad, creen á veces haber emprendido un trabajo completamente nuevo, imposible en anteriores épocas en que tan considerable era la ignorancia de la historia. Unióse á esos combatientes en los últimos días de su vida el viejo enemigo del Cristianismo, Bruno Bauer.

El niño terrible de la incredulidad contemporánea escribió con ese fin un libro entero: «El Cristo y los Césares». No le dejaban descansar los laureles cosechados tan fácilmente por otros escritores. Si adquirieron fama, pretendiendo que no es otra cosa el Cristianismo que el resultado necesario y natural de la civilización griega, á que dieron vida los romanos; que su doctrina es simple imitación de la filosofía estoica; ⁽¹⁾ que el Cristianismo y la filosofía estoica de los últimos tiempos son dos plantas nacidas en el mismo suelo; ⁽²⁾ cree él que sin dificultad

(1) Engelhardt, *Das Christenthum Justin des Martyrs*, 480.

(2) Hausrath, *Neutestamentl. Zeitgeschichte*, IV, 302.

ta ha de concluir con tan detestable adversario, cree que va á hacerse un nombre, y lleno de esa esperanza, hace del Salvador y del César romano, productos de una sola y misma fuerza; y, como expresa él mismo con un ingenioso giro de palabras que no tienen sentido, hace del juez del mundo el hermano hostil y victorioso del dominador del mundo. ⁽¹⁾

Pongamos algunos ejemplos para mostrar cuán poco delicados son los procedimientos puestos en práctica, con tal que se consiga el objeto. Entre las diferentes pruebas de que no hizo San Pablo más que copiar á Séneca, reproduce Bauer la exhortación de la primera carta á Timoteo, en la cual recomienda el Apóstol á su discípulo, que padecía del estómago, que no beba sólo agua, sino que, de tiempo en tiempo, beba un poco de vino. Pero, he aquí que Séneca, en uno de esos momentos de debilidad propios de todo hombre, dice precisamente que es permitido al sabio, para distraerse un poco y para echar de sí ciertas ideas molestas, llegar hasta embriagarse ligeramente. He aquí un testimonio irrefutable de la afirmación de nuestro sabio berlinés. ¿Pudieron, tanto Pablo como el Cristianismo, tomar su doctrina de otra parte que de Séneca ó de las enseñanzas dadas en el Pórtico? ⁽²⁾

El parisiense Havet, compañero fiel de Bauer, é imbuído en sus mismos sentimientos, da con el mismo fin la misma prueba y de la misma manera. Su corazón incrédulo no puede tolerar que considere el cristiano como algo extraordinario el acto del Maestro, que, devorado por ardiente sed en su dolorosa agonía, rodeado de furiosos enemigos que acibaraban con amargas burlas sus últimos momentos, levantó al cielo sus ojos desfallecidos, é hizo esta oración: «Perdónalos, Padre, que no saben lo que hacen». Qué hay ahí, dice, de extraordinario. Es el lenguaje de la época, el lenguaje de los estoicos. De la misma manera habla también Séneca. Rodeado de esclavos que no tienen más

(1) Br. Bauer, *Christus und die Cæsaren*, 1, 2.

(2) Id., id., id., p. 64.

voluntad que la suya, en el pleno goce de todos los bienes de la tierra, se sienta en su *Villa*, y contempla desde allí los miserables manejos del mundo. No ve más que ladrones, hipócritas, ambiciosos; á nadie cede la gloria de ser honrado. Sin embargo, contra nadie se irrita, sino que se siente animado hasta llegar al soberbio desprecio de la humanidad que sufre, expresándose en estos terminos. «Perdonadlos; son verdaderos locos». ⁽¹⁾ ¿Y no es lo mismo?, dice Havet. ⁽²⁾ Semejante lenguaje es demasiado ridículo aun para darle este calificativo; pero podemos decir muy bien que, si no se aplican con más exactitud los argumentos, se concluirá por probarlo todo.

Dejemos tales ruindades y vamos á los hechos. No puede dudarse que gran número de principios de moral cristiana pueden colocarse al lado de toda una serie de máximas sacadas de los antiguos poetas y filósofos, con las cuales tienen analogía. En los primeros tiempos de la Edad Media, que tan apasionados fueron por los antiguos clásicos, se llevó hasta el exceso esta comparación, y eso que apenas si se conocían las obras de los escritores de aquel tiempo. Se los compiló para poner, aun á los más ignorantes, en estado de baladronear algo, citando pasajes de la antigüedad. Esta manía se introdujo también en los libros de piedad, en los sermones, y hasta en las cartas familiares, y de tal modo, que lisonjea un poco nuestro sentimiento. Con frecuencia, en los siglos XVI y XVII, se dejaron dominar también de esta pasión los moralistas y los intérpretes católicos, pudiendo de esta manera burlarse fácilmente los incrédulos del siglo XVIII, cuando quisieron volver contra el Cristianismo este capricho; les habían preparado el trabajo más que suficientemente los sabios católicos.

Pero ¿cuáles eran las ventajas de semejante erudición? ¿Qué sorpresa puede proporcionar el sentido literal de dos textos separados de su contexto? ¿Cuántas veces, conside-

(1) Séneca, *Benef.*, 5, 17.

(2) Havet, *El Cristianismo y sus principios*, (2) I, 177.

rado cada uno desde el punto de vista en que lo colocó su autor, no tienen entre sí ni la más insignificante analogía!

Serviránnos de prueba algunos ejemplos. Tiene mucha razón Strauss, cuando dice que el Cristianismo recomienda la mansedumbre para con todos los hombres; añade después que lo mismo y aun mejor lo hace el Budismo, pues recomendó la compasión para con todos los seres vivientes mucho antes que el Cristianismo, por lo menos cinco siglos antes de la Era cristiana. ⁽¹⁾ Pero el cristiano practica la mansedumbre con su prójimo por amor á éste, y por lo mismo que está destinado á la misma felicidad. El budista, para quien es mala é injusta la existencia personal; y la vida, si no es un crimen, es la más grande de las desgracias, y para quien es completamente desconocida una vida más elevada y eterna, considera la vida de los demás como la suya propia, esto es, un desierto sin fin. Por eso, no le manifiesta amor alguno, sino sólo compasión. Para él tiene tanta dignidad el animal como su ser personal; por eso lo cuida, y llegaría hasta desgarrar su pecho para reanimar con su sangre al tigre que está expirando. De esta manera hay consuelo para ambos. ⁽²⁾ Y aun presenta otra cuestión Strauss. No ha sido sólo el Cristianismo el que ha dado á todos los hombres el nombre de hermanos, porque tienen á un Dios por Padre; también, dice, lo hizo Epicteto. Sin embargo, una cosa es que sepa el cristiano que es hermano del Hijo único de Dios, y otra que el pagano llame á Dios su padre, casi en el mismo sentido en que damos al Rhin el título de padre y á la tierra el de madre; otra cosa es también que los estoicos panteístas den el título de padre á Júpiter. Éstos tenían con frecuencia estas palabras en la boca: todos los hombres deben ser hermanos é iguales entre sí. Ahora bien, esto fué lo que sucedió cuando la dominación universal del imperio romano redujo á polvo la independencia, no sólo de las provincias, sino también de toda per-

(1) Strauss, *Der alte und der neue Glaube*, 83.

(2) Wuttke, *Geschichte des Heidenthums*, II, 576 y sig., 582.

sonalidad, cuando hacía mucho tiempo que el orgulloso ciudadano de la capital del mundo había enseñado al español, al galo y al coronado africano á postrarse en el polvo. Sucede casi lo mismo al chino, que ve á todos los hombres iguales, exceptuando á los hijos del Cielo. Todos son semejantes para el ciudadano romano, no porque todos tienen la misma dignidad que él, sino porque todos valen muy poco, porque todos son igualmente el grano de arena sin libertad y sin voluntad que contribuye á formar un Estado inmenso. ⁽¹⁾ Es evidente que esa doctrina nada de común tiene con la caridad cristiana, aun cuando parezcan idénticas las expresiones.

2. Donde se encuentran la doctrina cristiana y la sabiduría del mundo, con frecuencia arrastra la primera á la segunda.—Si en una multiplicidad de casos es innegable la semejanza de las expresiones, ¿por qué ha de ceder en desdoro y desventaja del Cristianismo? Porque, ó ha tomado este pensamiento de la Religión natural, y se presenta así centenares de veces, y entonces no reclama la verdad en cuestión como su propiedad sobrenatural y personal, sino sólo como elemento de conocimiento común á todos los hombres, que obliga á todos por la naturaleza y por la razón, ó bien lo ha producido por sí mismo de una manera tan independiente como lo hubiera podido hacer un poeta ó un filósofo; y entonces no habría más que una prueba en favor de este principio de que nos gloriamos todos con justo orgullo: que el Cristianismo ha tomado como punto de partida la verdad natural, y es la verdadera religión de la humanidad.

En ningún caso se encontrará debilitada la enseñanza de la doctrina cristiana, cuando dice que ya se halla el Cristianismo en la sabiduría natural. Y servirá de doble condenación para los incrédulos que se oponen al Cristianismo, y que no quieren someterse á la razón y á la experiencia naturales, sólo porque no quieren ser súbditos de la fe sobrenatural. Si buscaran la verdad sin prevención y

(1) Wuttke, obra citada, II, 151.

con sinceridad, la encontrarían por todas partes, que por todas partes se les presenta. El amigo de la verdad no se cuida más que de la verdad, y para nada tiene en cuenta al que la proclama. Sin embargo, si quiere ir más lejos é ilustrarse más en este capítulo, después de un examen sincero, hallará que, hasta en las materias en que parece que tienen el mismo lenguaje la filosofía y el Cristianismo, habla éste con más claridad, dando sentido más claro, y significado más exacto á las mismas palabras, mientras que la sabiduría del mundo oculta con frecuencia en una expresión, en sí misma exacta, errores serios que aparecen en los comentarios.

3. No hay más que una moral general para todas las relaciones de la vida.—Esto encontrará su confirmación muy pronto, á medida que sigamos nuestra marcha. Estamos convencidos de que toda actividad exterior y pública hacia un fin cualquiera, hacia el Estado, hacia la sociedad, hacia la familia, hacia la civilización, debe ser un ejercicio de virtud moral personal procedente del individuo y que no tiene valor, sino en cuanto procede de la propia conciencia.

Cualquiera que sea el objeto de esta actividad, artes, ciencias, vida doméstica, ó vida social, no pueden darse á esa actividad otras bases que las de la vida interior propia de cada uno. Facilita mucho esto la tarea que nos hemos impuesto de hacer una exposición de las obligaciones naturales del hombre. La moral humanitaria casi debe desesperar de ello, porque, según ella, puede decirse que no hay moral para el hombre, sino sólo una suma de preceptos, ó, mejor dicho, un compendio de reglas de conducta para los niños de las escuelas, para los diplomáticos, para los artistas, para los hombres de bien, para los criados, pero diferentes según los individuos. Éstos convienen á tal hombre y no son de importancia alguna para otro. Aquéllos autorizan al hombre de Estado, al escultor, al actor, á presentar al público cosas que condenarían en ellos, si se las permitieran como particulares. Para nosotros, el hombre no es

hombre en casa y cómico fuera, sino que siempre y en todas partes es solo y únicamente hombre. De ahí que no conozcamos más que una moral para todos los hombres sin excepción y para todas las condiciones de la vida. La moral cristiana se ha hecho para los hombres, no para los comediantes; para hombres completos, y no para una parte del hombre.

4. No se ha tomado de la Ética pagana la doctrina del justo medio.—Ahora, si desea saber el hombre cuáles son las obligaciones que le incumben en un caso particular, no tiene más que dirigirse á la ley y á la autoridad, á la razón y á la conciencia. Mas, aun cuando lo sepa, queda todavía la segunda pregunta: ¿cómo cumplir el deber conocido? Y aquí nos encontramos, en la moral cristiana lo mismo que en la moral natural, con un principio de influencia considerable sobre la vida moral. Se trata de saber dónde está el límite en que deben contenerse los esfuerzos para llegar á la virtud. Después de lo ya dicho, nos es por completo indiferente que el Cristianismo haya tomado, ó no, esta determinación de la sabiduría de los antiguos. Lo importante es que aquí, como en todo, sea notoria la armonía entre la doctrina natural y la Doctrina cristiana. Entre tanto, está fuera de duda que esta última no ha tomado ese principio de la filosofía griega. Lo ha recibido del Antiguo Testamento, en el cual se leen ya estas palabras: «No quieras saber más que es menester, porque no quedes estúpido». ⁽¹⁾ «No declines á la diestra ni á la siniestra». ⁽²⁾ «Pon coto á tu prudencia». ⁽³⁾ Ciertamente que de ahí lo ha sacado el Apóstol, si es que lo ha tomado de alguna parte, cuando nos dirige esta exhortación: «Digo á todos los que están entre vosotros que no sepan más de lo que conviene saber, sino que sepan con templanza». ⁽⁴⁾ Como se ve, este concepto de la virtud es

(1) Eclesiastés, VII, 17.

(2) Prov., IV, 27.

(3) Íd., XXIII, 4.

(4) Romanos, XII, 3.

el mismo que el que formuló Aristóteles en sus tan conocidos preceptos: «La virtud, ó el acertado ejercicio de la actividad, consiste en evitar lo mismo lo demasiado mucho que lo demasiado poco, y en saber contenerse en el justo medio. Comienza la falta cuando se inclina tal ó cual á la derecha ó á la izquierda». ⁽¹⁾ Fué, sin duda, introducida por Aristóteles la expresión adoptada hace tanto tiempo y que por su exactitud rigurosa hace recordar la Geometría. Platón la aprobó de la misma manera. Para él no es otra cosa la virtud que la buena constitución, la salud, el orden interior y la armonía del alma, siendo falsa é imaginaria, si ha tenido su origen en tal ó de cual forma, y no es más que un convenio entre diferentes pasiones.

La verdadera virtud, concluye, consiste en librarse de las pasiones, en cuanto es posible, y en dar de lado á toda intemperancia y toda exageración en la práctica del bien. ⁽²⁾ En pocas palabras, si no se halla en todas partes el contenido literal de la doctrina aristotélica, existe, sin embargo, como base en la naturaleza de toda buena filosofía, y generalmente de toda prudencia de vida fundada en la razón.—De suerte que no hizo Horacio, sino expresar la opinión general, y dejar hablar al buen sentido en frente de las exageraciones estoicas, cuando dijo: «Hay en todas las cosas un justo medio, ó límites fijos, más allá de los cuales no puede hallarse la razón». ⁽³⁾

5. Es también propiedad del espíritu cristiano el sentimiento que de la belleza y de la proporción tenían los griegos.—Conocemos la admiración sin límites que se profesa á la antigua Grecia, y sabemos demasiado que esa admiración ha tomado actitudes hostiles con respecto al Cristianismo, queriendo atajarle el paso. No hay que decir que habíamos de encontrarla aquí de nuevo. En

(1) Aristóteles, *Ethic.*, 2, 6 (5), 6 y sig.

(2) Platón, *Phædo*; 69, b, c, *Rep.*, 4, 8, p. 430, e; 4, 16, p. 442, c, d; 9, 11, p. 586, d.

(3) Horacio, *Sat.*, 1, 1, 106.

efecto, cuando considera el Humanismo esa idea de virtud como algo pura y exclusivamente griego, cuando encuentra en ella una nueva prueba de que el espíritu artístico de los griegos sabía unir la proporción y la armonía externas, no sólo en el arte y en la vida pública, sino aun en los esfuerzos morales, manifiesta una de tantas manías que le son propias. Hay siempre necesidad de atribuir á los griegos todo lo que encierra alguna bondad y alguna belleza; pero ya hemos visto que quien puede únicamente reivindicar este honor es la doctrina de la Revelación, contenida en el Antiguo Testamento é independiente de los modelos griegos.

Asimismo, se han penetrado tan vivamente los doctores cristianos de la doctrina platónica sobre la necesidad de la belleza y de la proporción, que para ellos toda falta de proporción y toda exageración es enfermedad del alma. Hace tiempo que expresó este pensamiento Shaftesbury: La vida de cada uno debe ser una obra maestra. Respondió entonces Mandeville que reunía las condiciones exigidas para enseñar semejante doctrina un Lord tan rico, que poseía tan delicada cultura como Lord Shaftesbury, y que podía embellecer tanto su existencia desde el punto de vista artístico. Pero él, pobre como era, ¿qué podía hacer para llevar á cabo esa obra maestra? Á pesar de todo, no ha hecho otra cosa el Lord hostil al Cristianismo que exigir lo que reclama el Cristianismo de todos sus adeptos. ¡Exacto! Debemos hacer de nuestra vida una obra maestra, pero que nadie crea que estas palabras significan la adquisición de cuadros, la asistencia á los teatros, á los conciertos y á los estudios de los poetas. Trátase aquí de algo muy diferente, y de este algo hace el Cristianismo un deber y un precepto para todos sus adeptos, sean los que fueren, ricos ó pobres, que posean mucha ó poca inteligencia del arte.

No es este precepto invención de la civilización moderna; ya enseñaban los más antiguos de nuestros Santos que la vida de todos los hombres debía ser una imagen

artística. No citaremos el testimonio de los grandes Doctores de nuestra Religión, Gregorio Nacianceno y Ambrosio, Agustín y Jerónimo, que enuncian este mismo pensamiento. Se nos diría que, juntamente con la educación clásica, adquirieron ellos esta idea en las escuelas griegas y romanas. Pero si recorremos la historia de todos los monjes austeros y de todos los religiosos de los primeros tiempos, también encontramos entre ellos hombres y mujeres como el Abad Evagrio y Santa Sinclética, que con todas sus fuerzas defendieron este principio. Con especial placer lo saludamos en el hombre que en su juventud huyó del tumulto de Alejandría para retirarse á la soledad del desierto de Egipto. Fué tan áspera la vida que allí llevó, que á muchos pareció sobrehumana. Hablamos de San Isidoro de Pelusa que, según el común sentir, es el modelo completo del antiguo monje oriental. Éste que no era, lo repito, ningún rico Lord inglés entusiasta del arte, sino un hombre rígido, un fervoroso asceta, escribía al Obispo Lampecio: «Así como consiste la belleza corporal en la exacta proporción de los miembros, así se halla la belleza espiritual en la exacta proporción de las virtudes. Según lo han dicho muchos sabios, los renuevos que salen demasiado hacia el exterior, crecen mal. Por eso describieron la virtud haciéndola consistir en el justo medio. Es muy exacto; pues ya se refería á esta verdad el sabio de la antigua alianza, cuando dijo: «No quieras saber más de lo que es menester». (1)

Hemos dicho más arriba que es necesario fijar sólidamente por el contexto el sentido de los textos sinónimos con que quiere cada uno demostrar su aserto. Porque puede resultar con frecuencia que la filosofía natural—por lo mismo que ya antes del Cristianismo expresó un principio en todo su tenor literal,—haya conocido la verdad incompletamente, y la haya desfigurado. Ahora bien, esto concierne particularmente al principio de que acabamos de hablar. Hasta ahora podemos decir que no hemos tratado de ningún punto de doctrina sin probar claramente que sólo

(1) Isidor., Pelusiota, l. 3, epist. 131.